

como el día de su llegada, con banderas francesas y wurtemberguesas. En el momento de subir al tren, le saludaron los príncipes y los altos dignatarios de la corte. El príncipe real llevaba el gran cordón de la Legión de Honor que el emperador le había entregado. No parecía sino que se había vuelto á la época de Tilsitt y de la Confederación del Rhin.

## XV

## CONSECUENCIAS DE LA ENTREVISTA

La entrevista de Stuttgart causó al gobierno austriaco los recelos más vivos y justificados. El emperador Francisco José procuró tranquilizarse celebrando á su vez una entrevista con el emperador Alejandro II. El tsar había salido de Stuttgart el 28 de septiembre de 1857, y el 1.º de octubre tuvo en Weimar una conferencia con el monarca austriaco. Le acompañaba el príncipe Gortchakoff, su ministro de Negocios extranjeros; pero el emperador Francisco José cuidó de no llevar consigo al conde Buol, su ministro de Negocios extranjeros, cuya actitud durante la guerra de Crimea y en el Congreso de París había desagradado profundamente al gobierno ruso.

Francisco José llegó á Weimar el 1.º de octubre. Alejandro II, que llevaba el uniforme de húsar austriaco, le aguardaba en lo alto de la escalera del palacio gran ducal. Los dos soberanos se abrazaron, tuvieron una larga conversación sin testigos y por la noche asistieron á una representación del *Tanhauser* de Wágner, dirigida por Liszt. Al otro día el emperador de Austria salía de Weimar á las siete de la mañana para ir á Dresde, y el tsar partía una hora después.

El vizconde de Melvizes, ministro de Francia en Weimar, escribía el mismo día al conde Walewski: «Austria ha deseado la entrevista, Rusia la ha aceptado y el gran duque la ha facilitado, poniendo su palacio á disposición de los dos emperadores. En cuanto á la entrevista en sí, aunque, según se me asegura, ha reinado cierta intimidad entre los dos monarcas en sus dos ó tres conversaciones, no parece, á juzgar por las apariencias, que haya producido una inteligencia positiva entre ambos. Durante todo el tiempo que he podido observarlos en palacio, no se han dicho nada, y el modo como se han marchado ambos de Weimar, con una hora de diferencia y eso que debían seguir el mismo camino, parece indicar que la entrevista no les ha inspirado deseos de estar más tiempo reunidos. El gran mariscal me ha contado que en el momento en que los dos emperadores se han vuelto á ver por última vez, Alejandro II tenía una expresión de gravedad triste que llamó la atención. Se ha observado que durante la comida y en el teatro la actitud del emperador de Austria, impregnada de cierto embarazo que tal vez le sea habitual, no ha cesado de ser seria. En cambio, el emperador Alejandro parecía muy contento. Ambos monarcas se han despe-

dido abrazándose dos veces, y según me dicen, esta despedida llevaba el sello de una efusión aparente. Así entonces, como durante todo el día, la iniciativa partió del emperador de Austria.»

En resumen, la entrevista de Weimar, lejos de atenuar la impresión producida por la de Stuttgart, no tuvo más resultado que hacer resaltar la importancia de ésta. Acerca de este asunto se encuentran curiosos detalles en un despacho que el vizconde de Sevre, ministro de Francia en Carlsruhe, dirigió el 4 de octubre de 1857 al conde Walewski. La gran duquesa Elena de Rusia, que acababa de llegar á Baden, tuvo con el ministro de Francia una larga conversación. «La gran duquesa, escribía el vizconde de Sevre, me ha asegurado que consideraba la entrevista de Stuttgart como uno de los acontecimientos más dichosos para los dos imperios y sobre todo para Rusia. En su concepto es el punto de partida de una alianza íntima cuya consolidación y progreso desea con tanto mayor afán cuanto que ya en el reinado del difunto emperador Nicolás siempre la ha juzgado imperiosamente impuesta por los intereses de las dos naciones. A creer lo que dice, ya ha pasado el tiempo de las desconfianzas contra Francia, considerada erróneamente como el foco de las revoluciones por la única razón de que es y debe ser el foco de la civilización. Los prejuicios que en otro tiempo impedían que Rusia manifestara á Francia sus simpatías desaparecieron con el último emperador, ó á lo sumo no existen sino entre unos cuantos individuos recalcitrantes de la antigua aristocracia, siempre inclinados á hacer á todo trance la oposición á la política gubernamental. Abstracción hecha de esta imperceptible é impotente minoría, Rusia desea unánimemente la concordia más íntima con Francia como el único medio de abrirse los derroteros de la civilización y del progreso. Hoy comprende que malgastando sus fuerzas en defender estrechos principios de legitimidad y de orden público, no haría en definitiva más que servir los intereses de Alemania y de Austria. La última guerra, y sobre todo la diferente actitud de las potencias cuando el restablecimiento de la paz, le han demostrado á la vez de qué lado estaba la verdadera fuerza unida á la lealtad, dónde debería poner su amistad y dónde buscar alianzas. Cansada de que se la explote en provecho de la Europa central y de añejas teorías gubernamentales, en adelante quisiera establecer su alianza á ejemplo de Inglaterra, no sobre afinidades de principios abstractos, sino sobre la concordancia práctica de intereses positivos.»

¿No predecía así la gran duquesa Elena la alianza que el emperador Nicolás II y M. Félix Faure acaban de proclamar á bordo del buque *el Pothuan*?

La gran duquesa aseguró al vizconde de Sevre que el emperador su sobrino había llevado de la entrevista de Stuttgart impresiones que le unirían más que nunca al emperador de los franceses y á Francia. S. A. I. lamentaba únicamente que la reunión de los dos monarcas hubiera durado tan poco, porque, añadía, á medida que los emperadores se veían parecía que se entendían mejor y apreciaban mucho más sus respectivas cualidades. La misma emperatriz de Ru-

sia, cuyos sentimientos poco favorables al principio á la entrevista de Stuttgart no ocultó la gran duquesa Elena, hubo de trasladarse allí llamada por el tsar; pero, cuando estuvo en presencia de Napoleón III, no pudo resistir á la atracción general que todos experimentaban por efecto de una influencia irresistible.

El vizconde de Sevre terminaba así su despacho: «En cuanto á la entrevista de Weimar, S. A. I. no ha aludido á ella sino de un modo desdeñoso, como si se tratara de un suceso sin el menor alcance político. Poco favorable al Austria en general, me ha parecido que casi sentía que el emperador Alejandro se hubiera inclinado á una reconciliación puramente superficial con el emperador Francisco José. Por lo demás, en esto la gran duquesa no ha hecho más que repetir el lenguaje de todos los rusos sin excepción. Y en efecto, los más iniciados en la política de su gobierno no se cansan de repetir que la entrevista de Weimar, solicitada por el emperador de Austria muchas veces, había sido concedida por el tsar cansado ya de tanta insistencia... M. de Fonta, ministro de Rusia en Francfort, me ha dicho que el príncipe Gortchakoff le había autorizado y hasta excitado á declarar que si Rusia deseaba vivir en paz con sus vecinos, y por consiguiente lo mismo con Austria que con los demás, no se proponía en modo alguno restablecer con ésta relaciones íntimas destruidas para siempre.»

Veamos ahora cómo se consideró en San Petersburgo la entrevista de Stuttgart. M. Baudín, encargado de Negocios de Francia en ausencia del conde de Morny, escribía al conde Walewski el 16 de octubre de 1857:

«El príncipe Gortchakoff me ha dicho: «No puede haber nada más satisfactorio que la impresión que mi soberano y yo sacamos de Stuttgart después de nuestras conversaciones con el emperador Napoleón y el conde Walewski. Es un gran acontecimiento esa buena inteligencia entre los dos emperadores, esa perfecta conformidad de miras que se ha establecido entre ellos y sus gobiernos en todos los asuntos que han examinado de consuno, esa resolución que han tomado de ponerse de acuerdo sobre todos los que pudieran surgir más adelante, así los pequeños como los grandes. La entrevista de Stuttgart ha de dar sus frutos en el porvenir.»

El príncipe Gortchakoff expresó al encargado de Negocios de Francia toda la satisfacción que al emperador Alejandro le causaban las relaciones personales que acababa de entablar con el emperador Napoleón, dijo que la emperatriz de Rusia no estaba menos satisfecha de haber conocido á S. M. I., y añadió que le había expresado su sentimiento por no haber encontrado en Stuttgart á la emperatriz de los franceses. El mismo príncipe Gortchakoff se mostraba muy lisonjeado y sumamente agradecido á la acogida que le había hecho Napoleón III, y encomiaba altamente, son sus propias palabras, «esa elevación de carácter, ese gran sentido político, esas miras á la vez amplias y prácticas, esa sencillez de modales, esa franqueza y esa claridad tan perfectas,» que había tenido ocasión de apreciar.

M. Baudín terminaba así su despacho: «Tal es la impresión que el ministro de Negocios extranjeros de Rusia ha traído de Stuttgart. La del público ruso, que empieza á regresar á San Petersburgo, no puede estar tan fundada, como es natural, mas por lo común es buena. Sin embargo, la sociedad de este país que no penetra en el fondo de las cosas, se siente en cierto modo herida en su amor propio á causa del papel relativamente secundario que ha desempeñado el emperador de Rusia en Stuttgart, de la deferencia que ha mostrado al de los franceses, «ese soberano de ayer,» como dicen aquí ciertas gentes, siendo el primero en visitarle, de la indiferencia con que los pueblos y los periódicos alemanes han acogido su viaje, en tanto que los primeros se agolpaban al paso de Napoleón III y los segundos se permitían hacer mil comentarios que no honraban por cierto al emperador Alejandro. Agrada ver que Rusia cuenta con tal amigo, pero causa alguna contrariedad el gran puesto que ha ocupado y que Stuttgart ha hecho tan manifiesto. Sabíase á qué atenerse con respecto á la potencia militar de la Francia imperial, y los viajeros rusos que en tan gran número visitan á París dan á conocer diariamente su esplendor y su estado floreciente en el interior. Conociábase su preponderancia en la política exterior, pero no se quería reconocerla por completo. La entrevista de Stuttgart la ha hecho resaltar hasta la evidencia, y esto es lo que explica la naturaleza mixta del sentimiento que las circunstancias de esta entrevista causan aquí en ciertos espíritus en este momento, y que me ocultan por lo menos con cuidado particular bajo las apariencias de admiración y deferencia al emperador de los franceses.»

En resumen, Napoleón III acababa de obtener un gran resultado. No había firmado en Stuttgart un tratado de alianza ofensiva y defensiva; pero sacaba de allí un protocolo de acuerdo general y la seguridad de una neutralidad simpática en caso de guerra con Austria. Esto le bastaba. Como lo ha hecho observar M. Rothán, no le gustaba contraer compromisos; prefería reservarse una puerta abierta y atenerse al arreglo fatal de las circunstancias.

M. Benedetti escribía á M. Thouvenel el 15 de octubre de 1857: «La entrevista de Stuttgart ha dado de sí todo lo que prometía. Después de hablar de todos los asuntos, los dos emperadores y sus ministros se han separado prometiéndose aprecio y confianza en la buena acepción de estas dos palabras. Se ha tratado, por supuesto, de la cuestión de los Principados. En el fondo, Rusia no quiere la reunión, y vamos á enderezar poco á poco el rumbo solamente hacia la *reunión administrativa*: el hecho positivo ha sido el éxito personal que nuestro emperador ha alcanzado en Alemania. Ya sabéis que la emperatriz de Rusia estaba poco dispuesta á ir á Stuttgart y que pretextaba una indisposición. El emperador Alejandro, satisfecho de su primera conversación con el emperador Napoleón, ha cortado de raíz todas las vacilaciones llamando á la emperatriz inmediatamente á Stuttgart, y se asegura que S. M. participa hoy de todos los sentimientos de su esposo para con nuestro soberano. Por lo que hace á los pueblos, el éxito no ha sido menor. El viaje ha parecido una ovación. Todo esto,

á continuación de la entrevista de Oxborne, nos proporciona una situación incomparable.»

Napoleón III habría conservado esta situación si hubiera permanecido siempre fiel al pacto de Stuttgart. Mientras fué amigo de Alejandro II no tuvo nada que temer de los alemanes ni de los ingleses. Gracias á Rusia y á pesar de Inglaterra, pudo devolver á Francia sus fronteras naturales del Sudeste y proteger á los cristianos de Siria. Con el apoyo del gabinete de San Petersburgo, todo le salió bien; sin este apoyo, le faltó el terreno. ¿Qué habría debido hacer para evitar todas sus desgracias? No intervenir en los asuntos de Polonia y mantener contra todo ataque la alianza verdadera, la única que ha proporcionado á la Francia imperial gloria y seguridad.

Hemos dejado á Napoleón III el 29 de septiembre de 1857 saliendo de Stuttgart, donde había descollado como una especie de Júpiter en medio de un Olimpo de testas coronadas, de príncipes y princesas. Tanto á su regreso cuanto á su llegada, en todas partes recibió calurosas ovaciones. En la estación de Bruchsal encontró al general de Porbeck, primer ayudante de campo del gran duque de Baden, que le aguardaba para recibirle en nombre del gran duque y acompañarle hasta Manheim. El tren imperial se detuvo un rato en Heidelberg, enfrente de las ruinas del castillo destruído por Turena, y á pesar de estos recuerdos dolorosos para Alemania, la población acogió con vivas al emperador.

En Manheim, el puente sobre el Rhin y los vapores de varios Estados alemanes estaban vistosamente empavesados, y desde aquél á la estación había formadas tropas badenses y bávaras. Las bandas militares tocaban aires nacionales franceses, y las salvas de artillería resonaban á uno y otro lado del río. Napoleón III fué en un carruaje de la corte á Ludwischafen, donde el príncipe Luitpoldo le aguardaba para cumplimentarle en nombre de su padre el rey de Baviera. Después de almorzar con el príncipe en Ludwischafen, el emperador se puso otra vez en camino. En Saarbruck le cumplimentó el príncipe de Prusia en nombre del rey Federico Guillermo. Las tropas prusianas estaban formadas en la estación y la música tocaba el aire de la *Reina Hortensia*. Los príncipes Luitpoldo y de Prusia le acompañaron hasta Forbach. Antes de llegar á esta estación, se detuvo en las forjas de M. de Wendel, diputado por el Mosela, y los obreros le hicieron una cariñosa acogida. En muchos carros tirados por cuatro caballos se hizo pasar ante él una especie de exposición sumaria de las producciones del distrito de Sarreguemines. En Forbach encontró un magnífico tren preparado para él por la Compañía del ferrocarril del Este, y se lo hizo visitar á los príncipes de Prusia y Luitpoldo antes de despedirse de ellos. Llegó á Metz á las cinco de la tarde del 30 de septiembre.

En la entrada de la ciudad había un arco de triunfo, y estaban iluminados los cuarteles y los edificios públicos. Aguardaban al emperador el príncipe Enrique de los Países Bajos y el general de Wedel, gobernador de la fortaleza de Luxemburgo, llegados allí para cumplimentarle. Pasó en carruaje descubierto á

la prefectura y por la noche fué al teatro. La población le manifestó un vivo entusiasmo. ¿Qué habría dicho si hubiera podido prever que, trece años después, Estrasburgo y Metz, aquellas dos ciudades tan patrióticas, tan francesas, que le recibían tan bien, serían arrancadas á la Francia? El 1.º de octubre llegó á París, donde encontró á la emperatriz, y al día siguiente partió con ella para el campamento de Châlons, seguido de los generales Rolin, de Failly, de Montebello y Fleury. Acompañaban á la emperatriz el conde Carlos de Tascher de La Pagerie, su primer chambelán; el barón de Pierres, su caballerizo, y dos de sus damas, las condesas de Labedoyère y de Montebello. Los mariscales Magnán, Pelissier y Bosquet, el general Regnaud de Saint-Jean d'Angely y todos los generales de división y de brigada recibieron á SS. MM. á la entrada del campamento y los escoltaron hasta el cuartel imperial. Por la noche, las hogueras del vivac iluminaron la llanura y se tocó la retreta á la luz de millares de antorchas.

El 3 de octubre el emperador dirigió grandes maniobras: la emperatriz y sus dos damas las presenciaron á caballo.

El 4 de octubre los mariscales de Castellane y Randón llegaron al campamento y se reunieron con los otros tres mariscales de Francia que estaban ya en él.

En el cuartel imperial reinaba una franca alegría.

El 6 de octubre hubo maniobras mandadas por el emperador.

El príncipe Napoleón llegó el 7 de octubre. Por la noche se improvisó un pequeño baile en el cuartel imperial.

El 8 de octubre, el emperador, acompañado del príncipe Napoleón y los mariscales Magnán, de Castellane, Pelissier, Randón, Canrobert y Bosquet, pasó por el frente de las tropas formadas en dos líneas, y les distribuyó las recompensas. Antes de separarse de ellas, les dirigió la siguiente orden del día: «Soldados: no se ha perdido el tiempo que acabamos de pasar juntos. Ha aumentado vuestra instrucción militar y se han estrechado más los vínculos que nos unían. Cuando el general Bonaparte firmó la gloriosa paz de Campo-Formio, se apresuró á enviar á los vencedores de Italia á la escuela militar, demostrando así cuán útil consideraba, hasta para los veteranos, aprender continuamente las reglas fundamentales de la teoría. Esta enseñanza no se ha olvidado. Apenas regresados de una campaña gloriosa, os habéis entregado con celo al estudio político de las evoluciones y habéis inaugurado el campamento de Châlons que va á servir de gran escuela de maniobras para todo el ejército. La guardia imperial dará también el buen ejemplo así en la paz como en la guerra. Instruída, disciplinada, pronta á emprenderlo y á soportarlo todo por el bien de la patria, será para la infantería de línea, de que ha salido, justo objeto de emulación y contribuirá con ella á conservar intacta la antigua fama de nuestras inmortales falanges, que no han sucumbido sino abrumadas de glorias y de triunfos.»

El mariscal de Castellane escribía en su *Diario* con fecha 8 de octubre: «He dado las gracias al emperador por haberme llamado al campamento de Châlons y por todas las bondades que ha tenido conmigo. Permanecerá aún dos días en el campamento, pues quiere hacer maniobrar mañana la artillería y la caballería. Hemos salido con la emperatriz de la estación de Mourmelon, en un magnífico tren ofrecido al emperador por la Compañía del Este; se compone de once vagones que forman diez y nueve departamentos y comunican entre sí por puentecillos. Hay un salón, dormitorios, comedor y sala para fumar. Durante el viaje he permanecido en el salón de la emperatriz, que estaba amueblado con gran lujo y debe tener cerca de veinte pies de largo. En la estación de Chateau-Thierry el subprefecto ha arengado á la emperatriz, la cual se ha levantado y contestado desde la portezuela. Se han dado muchos vivas á la soberana. A las ocho de la noche hemos llegado á la estación de París. Durante todo el trayecto la emperatriz se ha mostrado graciosa y benévola. En seguida ha partido para Saint-Cloud.» En la noche del 10 de octubre se reunía con ella el emperador. ¡Ah! Cuando Napoleón III partía contento y satisfecho de aquel campamento de Châlons donde había tenido tanto gusto en ejercer su doble prerrogativa de monarca y de general en jefe, ¿podía sospechar que antes de que transcurrieran trece años volvería á aquel mismo campamento lleno de angustia y con el sentimiento de las más horribles catástrofes?

*Domingo 18 de octubre.* — SS. MM. y el príncipe imperial salen del palacio de Saint-Cloud para ir al de Compiègne, donde se proponían pasar muchas semanas. Debía haber cinco series de invitados y darse cinco funciones en el teatrillo del palacio.

SS. MM. y su hijo llegaron á Compiègne á las cuatro de la tarde, siendo recibidos en la estación por las autoridades y por todos los oficiales del segundo regimiento de coraceros de la guardia.

Desde el lunes 19, en que llegó la primera serie de convidados, hasta el 17 de noviembre, en que partió la última, todo fueron fiestas y diversiones que tanta resonancia tuvieron á la sazón, no sólo en Francia, sino en toda Europa, porque llegó el Imperio y su corte al apogeo de su brillo. Cacerías de jabalíes, cabalgadas en que la emperatriz hizo una vez más gala de ser una elegante amazona, banquetes, funciones teatrales, bailes en los que las damas lucieron los trajes más lujosos, revistas militares, todo cuanto el anfitrión más obsequioso puede discurrir para agasajar á sus convidados lo pusieron en obra los emperadores para complacer á los de las cinco series, entre los cuales figuraron los personajes más eminentes del país y muchos del extranjero.

El jueves 29 de octubre se recibió la noticia del fallecimiento del general Cavaignac, muerto de repente la víspera en su casa de campo de Eurne, departamento del Sarthe. Nacido en 1802, acababa de cumplir cincuenta y seis años.

El *Moniteur* decía lo siguiente: «El general Cavaignac ha prestado grandes

servicios á la causa del orden mientras estaba al frente del poder ejecutivo, y su muerte prematura será verdaderamente sentida.» En la *Patrie*, periódico oficioso, se leía: «El elegido del 10 de diciembre acababa de tomar posesión del poder que le habían concedido seis millones de votos. Después de reconocer desde lo alto de la tribuna los nobles servicios del general Cavaignac, se acercó á su banco y le alargó la mano. Aquella mano que el presidente de la República presentaba al antiguo jefe del poder ejecutivo prescindiendo de las divisiones de doctrinas y de partidos, era la anticipación del juicio de la historia.»

El domingo 15 de noviembre, día de San Eugenio, fué el santo de la emperatriz. Se celebró con una revista pasada por el emperador, recepción de las autoridades civiles y militares, banquetes, cumplidos y versos. Todos los convidados de ambos sexos de la serie ofrecieron á la emperatriz magníficos ramos de flores procedentes de París. La marquesa de Contades (en la actualidad condesa de Beaulaincourt), dotada de incomparable aptitud para hacer flores artificiales, entregó un precioso canastillo de ellas á la soberana. Por la noche hubo serenatas y en el parque se disparó un hermoso castillo de fuegos artificiales dispuesto por la población en obsequio de la emperatriz.

SS. MM. salen de Compiègne el 22 de noviembre con su hijo y vuelven á las Tullerías. El año 1857 acaba tranquilamente en medio de una gran prosperidad: ha sido para Napoleón III una serie no interrumpida de triunfos y satisfacción de amor propio, así en el interior como en el exterior. En las Tullerías, en Saint-Cloud, en Biarritz, en el campamento de Châlons, en Compiègne, la emperatriz se había granjeado todas las voluntades. Pero el poeta Beranger tuvo razón en decir: «Los destinos cambian como las olas.» A los días de calma y de ventura van á suceder otros de zozobra y de angustias. El comienzo del año 1858 estará marcado por un atentado que estallará como un rayo en el cielo sereno y dará la primera señal de las catástrofes futuras.